

de admitirlos como obsequioso huésped dentro de los muros, les obligó como leal y esforzado á levantar el sitio atropelladamente. Andando empero los años, en el de 1449, incurrió en sospechas de pactar con los aragoneses la entrega de la plaza, por enemistad con D. Álvaro de Luna, el que con tanto valor la había defendido: recibió el obispo D. Lope de Barrientos en-



SELLO DE PLOMO DE
ENRIQUE IV

cargo de quitarle el mando de la fortaleza, resistióse con las armas Mendoza; y en las empinadas calles de la ciudad y al rededor de su castillo empeñóse una

viva lucha, en que la ventaja quedó por el prelado, retirándose el alcaide á sus dominios.

La fidelidad de Cuenca á Enrique IV y después á Isabel y Fernando, debida en gran parte al generoso ejemplo y saludable influjo de su patricio Andrés de Cabrera (1), le merecieron de aquellos príncipes en 1465 y 1476 una exención perpetua y general de pedidos y monedas y el dictado de *muy noble y muy leal*, alterando los últimos su gobierno y substituyendo corregidores de real nombramiento á los cuatro alcaldes. Pero en 1507, oprimida la ciudad por el corregidor Felipe Vázquez de Acuña para que no obedeciese á la reina D.^a Juana después de muerto su marido,

(1) Oriundo de Aragón y biznieto de un hermano del famoso D. Bernardo de Cabrera, degollado por orden de Pedro IV, nació en Cuenca D. Andrés año de 1430, y fué bautizado en la parroquia de San Miguel. Sus esclarecidos servi-

echóle de ella Diego Hurtado de Mendoza, y nombráronse otra vez alcaldes ordinarios. Mayores trastornos allá trajeron las Comunidades, á cuya cabeza se pusieron en Cuenca dos audaces plebeyos, un frenero y un tal Calahorra: pero una dama varonil, D.^a Inés de Barrientos, vengó las insolencias cometidas contra su marido Luís Carrillo de Albornoz que al principio había secundado el movimiento. Convidados á su casa los jefes de la insurrección, después de opípara cena, pasaron del letargo de la embriaguez al sueño de la eternidad, asesinados por servidores ocultos tras de los tapices de la sala; y la mañana siguiente alumbró sus cadáveres colgados de las ventanas, excitando, en vez de enojo, mudo espanto en la aterrada plebe (1).

Durante el siglo XVI y XVII, en que visitaron á Cuenca los tres Felipes, el II en 1564, el III en 1604, el IV en 1642 permaneciendo un mes en ella, la población bien que decaída, y reducido á menos de una tercera parte su antiguo vecindario de cinco mil familias, conservaba su nobleza, sus estudios generales, su fábrica de moneda (2), sus fecundas imprentas, su indus-

cios y los de su esposa D.^a Beatriz de Bobadilla á los Reyes Católicos pertenecen á la historia de la monarquía y se hallan gloriosamente consignados en dos reales privilegios, el uno creando á su favor el marquesado de Moya en 15 de Julio de 1480, el otro en 1500 concediéndoles cada año la copa de oro en que bebieron los monarcas el día de Santa Lucía. Además de este y de otros ilustres varones que iremos nombrando, se envanece Cuenca de haber dado el sér á Diego de Valera, doncel de Juan II, cronista y escritor de muchas obras, que se distinguió por su prudente consejo en las cortes de Valladolid de 1448, á Alonso de Ojeda, compañero de Colón y de Cortés, á los plateros Becerriles, al arquitecto Francisco de Mora, al *divino* poeta Figueroa, al jesuita Luís de Molina que dió nombre á su escuela teológica, á Baltasar Porreño, escritor del siglo XVII, y á otros que sería largo referir.

(1) Trae Sandoval en su *Historia de Carlos V* este memorable hecho acacido, según tradición, en las casas fronterás á la parroquia de San Juan. Era Luís Carrillo, señor de Torralva y Beteta, y su esposa D.^a Inés, nieta por su padre del obispo D. Lope de Barrientos, á lo que se creía, y por su madre de Juan Hurtado de Mendoza, señor de Cañete.

(2) Las casas de la moneda estuvieron debajo de las del marqués de Cañete, después convento de la Merced; y Felipe IV, en sus últimos años, las hizo trasladar á expensas suyas á orillas del Júcar extramuros, donde subsistió la fábrica hasta 1728. Construyó el edificio en 1664 José de Arroyo, y lo continuó en 1669 Luís de Arriaga, los mismos que hicieron ó reformaron la fachada de la catedral.

tria de tintes y alfarería, sus manufacturas de tejidos de lana: más numerosos ganados pastaban sus montes, más abundantes viñas vestían sus collados. El caserío, sin ocupar mayor recinto, apiñábase en calles más angostas con poquísimas plazas (1), defecto que corta enmienda sufre como nacido de la áspera situación. Rendida en 10 de Agosto de 1706 por los ingleses tras de dos días de cruel bombardeo, y recobrada á los tres meses por las tropas de Felipe V, cayendo prisionera la guarnición enemiga; entregada por los franceses al saqueo y á las llamas en 1808 y 1810, Cuenca padeció terriblemente en ambas épocas por su fidelidad á los Borbones; y quizá estos sufrimientos no fueron extraños á su decadencia progresiva. La verdad es que Cuenca, en el día, corresponde mal á sus históricos recuerdos; que su fisonomía, sin ser nueva, ha dejado de ser antigua; que á sus casas, á sus edificios públicos, á la mayor parte de sus templos, les falta el carácter tradicional, y que aparte lo singular de su asiento y lo pintoresco de sus perspectivas, no compensa con otras bellezas al viajero de lo agrio y resbaladizo de su continua cuesta.

Ocupan la cúspide de la ciudad las ruinas y paredones del que fué castillo, destruído poco después de la fatal contienda entre el obispo Barrientos y el alcaide Mendoza, y trocado desde 1583 en residencia del tribunal de la Inquisición, que en 1498, no sin oposición del concejo, se había trasladado allí desde Sigüenza (2). De aquel punto partían las murallas, cuyo circuito fué gradualmente ensanchándose cuesta abajo, hasta llegar al pié de la colina. Como á un tercio de la bajada, dejan-

(1) En un documento del año 1397 nómbranse dos plazas, la de la *picota* y la de San Andrés. La multitud de transeúntes en Cuenca se deduce de un proceso del siglo XVI, por el cual consta que se buscó á un reo en treinta y cuatro mesones distintos.

(2) Antes de 1583 estuvo la Inquisición en unos apartamentos de las casas episcopales, y luego frente del colegio de jesuitas. En los solemnes autos desempeñaban el oficio de *soldados de la fe* los cardadores y peinadores de lana, que tenían en San Pedro cofradía sacramental.

do atrás la plaza de la catedral, se eleva sobre la derecha un ruinoso barrio, cercado también en otro tiempo y titulado todavía *del alcázar*, por haber allí construído el suyo el rey conquistador. Conforme se descende, presenta la población un aspecto más renovado; y el arrabal de la *Carretería*, situado en la llanura á la otra parte del Huécar, que crece á expensas de la ciudad y acabará tal vez por matarla, se acomoda ya puntualmente al moderno tipo: tan sólo á su espalda descuella sobre un cerrito el hospital de Santiago perteneciente á los caballeros de la orden, que nada de antiguo tiene sino la fundación.

Trece parroquias, á más de la catedral, contaba desde el principio Cuenca, si bien hasta 1535 no se arregló la división de sus feligresías: la mayor parte permanecen aún en su destino. En lo más alto junto al castillo asiéntase la de San Pedro, en su exterior polígona, rotonda en su interior y barrocamente renovada toda, á excepción de la cuadrilonga capilla de San Marcos cubierta de pinturas, que según la inscripción trazada al rededor de su bello artesonado romboidal, «fundó y dotó Don Miguel Enríquez, capellán mayor de Cuenca, y acabóse en 24 de Diciembre de 1604». Siguen luego, pendientes sobre la garganta del Júcar, San Nicolás hoy cerrada, y San Miguel cuya antigüedad denotan el ábside y varios retablos y sepulturas contenidas en sus dos naves irregulares. Domina el barrio del Alcázar Santa María de Gracia, la más reciente de todas, pues destinada antes á sinagoga, no fué erigida en templo sino en 1403 después del asolamiento de la judería. Su fábrica no respira sino pobreza; pero en dos capillas aisladas de su nave, dentro de nichos gótico el uno y plateresco el otro, yacen hermosas efigies sepulcrales de varones que llevaron el noble apellido de Montemayor. En el nicho gótico, sobre una urna muy bien labrada con hojas de cardo, hay dos estatuas de alabastro tendidas, representando la de más afuera á un mancebo, la otra á un caballero anciano de hermosa cabeza, con estas inscripciones: «Aquí está sepultado el honrado caballero Juan Alfonso de

Montemayor, cuya ánima Dios aya... LXXV años en XXI de noviembre en el año de mill CCCCLXV años.—Juan Alfonso de Montemayor, el mozo, cuya ánima Dios aya, fijo de Al.^o de Montemayor, finó de edad...» En el nicho plateresco adornado de pilastras se ve una bella estatua de sacerdote que bárbaramente destrozaron los franceses, y esta leyenda en el testero: «Aquí yaze el venerable s. D.^o Pe.^s de Montemayor, cura de la iglesia de S. Andrés de Cuenca, cuya ánima Dios aya, el qual finó de edad de LX años á XXIX dias del mes de diziembre, año de nuestro Salvador Jhux.^o de MDXXIII años, el qual reedificó esta capilla que primero yso su visagüelo Ernan Sanchez de Teruel, regidor y tesorero de esta cibdat».

Sembradas por la pendiente de uno y otro río, ó saliendo al paso hacia la calle principal, sucédense en la bajada San Juan, Santa Cruz, San Esteban, San Martín, San Andrés, San Gil, Santo Domingo de Silos, San Salvador y San Vicente; y si en vez de cuadradas y mezquinas como son sus torres, guardaran la bizantina ó gótica estructura, parecieran robustas encinas ó graciosos álamos que del fondo de los valles se levantan. Se ha dicho que Alfonso VIII las situó al rededor de los muros como otros tantos centinelas, y como enseñás sagradas que en caso de ataque reunieran á los feligreses y animaran su religioso brío; la verdad es que, atendida la estrechez de la loma, en cuanto al sitio hubo poco que escoger. Ahora tal cual portada dórica, jónica ó del renacimiento, como en San Andrés, Santo Domingo y San Gil, tal cual vestigio del arte gótico como en San Esteban, alguna tabla purista, algún altarito arreglado ante el cual se detenía el viajero Ponz á respirar de sus invectivas contra el churriguerismo, es cuanto pueden presentar las parroquias de Cuenca al que emprenda una por una visitarlas.

En el arrabal existía el mayor número de conventos, aunque algunos bien antiguos; pues San Francisco, situado al extremo de aquel en una vasta plaza, reemplazó desde 1313 á una casa de templarios dada á estos en premio de sus servicios al

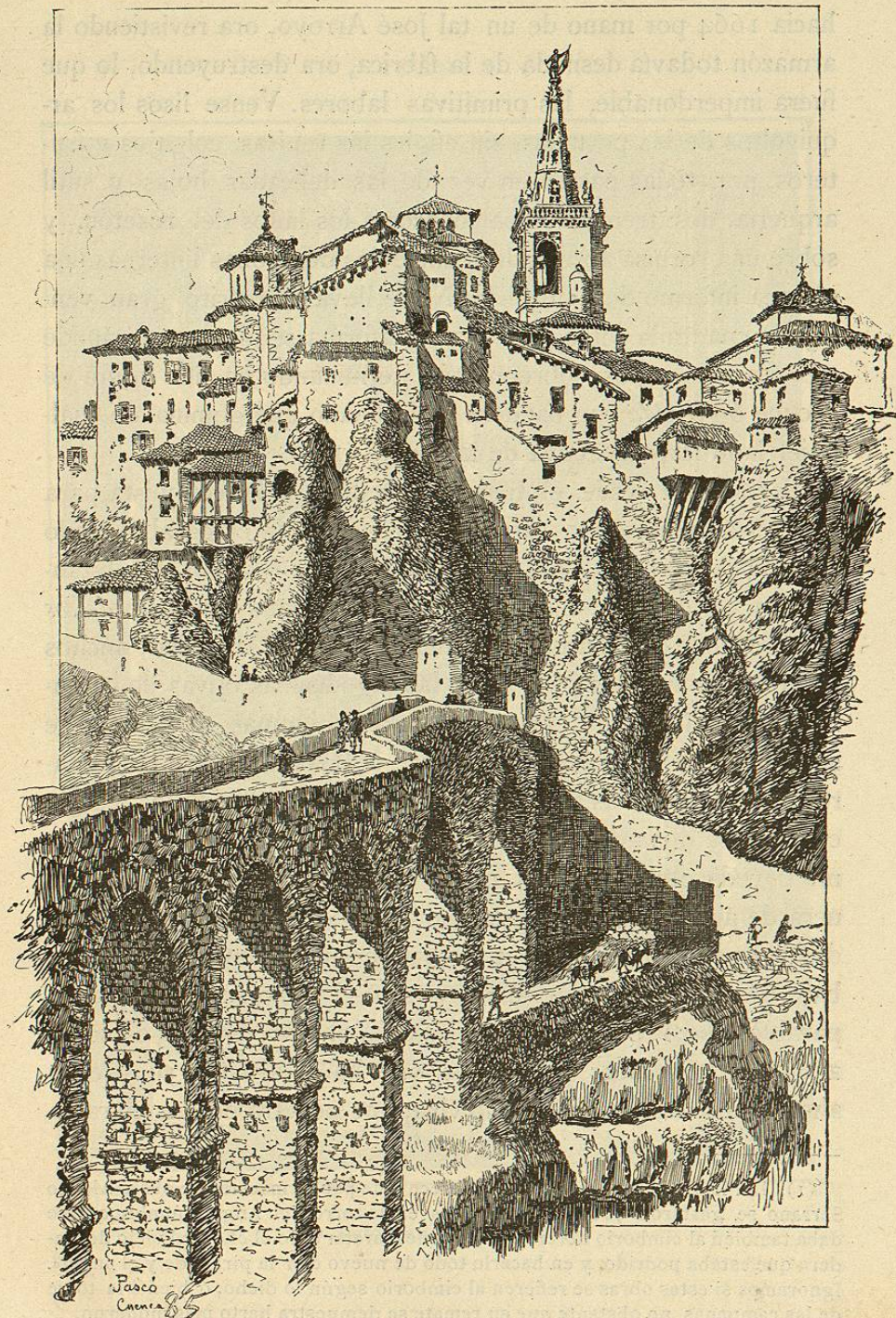
tiempo de la conquista (1); y la Trinidad desde 1385 fué asentada sobre la ermita de San Jorge. Sus edificios se renovaron empero al par del de San Agustín y del de carmelitas descalzos, que sobre una isleta formada en el confluente de ambos ríos fundó en 1613 el obispo D. Andrés Pacheco destinándolo para propia sepultura. En 1684 abandonaron los mercenarios su retiro de la Fuensanta, donde vivido habían casi tres siglos, y su iglesia cuya capilla mayor costearan hacia 1427 Sancho de Jávava y su mujer María de Toledo, para trasladarse á la magnífica residencia del marqués de Cañete en el barrio del Alcázar, junto á la cual se edificó más tarde el seminario de San Julián. Fundó este seminario en 1584 el obispo D. Gómez Zapata, en 1628 lo trasladó D. Enrique Pimentel á unas casas detrás de San Pedro, y en 1745 lo edificó D. José Flórez Osorio tal como ahora está sobre las del marqués de Valverde. Las del marqués de Cañete, antes de establecerse en ellas los mercenarios, eran grandiosas según la descripción de Mártir Rizo, con cuatro ó cinco pisos y jardines y fuentes en lo más alto.

Algo más arriba y sobre los derrumbaderos del Júcar construyeron su humilde convento los descalzos de San Francisco, respirando dentro de la ciudad misma el horror sublime de la soledad: y ya en 1554 se habían establecido los jesuítas en la calle *alta* con la protección de los canónigos Pedro del Pozo y Pedro Marquina, mostrándose todavía en la portada del edificio el gusto noblemente sencillo de aquel tiempo. En la cima junto á San Pedro las carmelitas descalzas habitan su convento fundado en 1603 y adornado de estimables pinturas; las justinianas establecidas en la plaza de la Catedral desde principios del siglo XVI por el canónigo Alonso Ruiz, se envanecen de su elíptica iglesia reedificada en el último siglo, y de sus frescos, esculturas y simétricos altares. Las benitas, reunidas á las ber-

(1) Reedificó la iglesia de franciscanos Juan Pérez de Cabrera, arcediano de Toledo, que murió en 1519, y su sepulcro de mármol y los de sus padres desaparecieron con la renovación posterior del edificio.

nardas, en su pequeño templo pegado á San Salvador, nada conservan sino la complicada crucería de la cabecera, que nos acerque á la fecha de su erección en 1446 por el chantre Nuño Álvarez como delegado del obispo de Mondoñedo. Los de la Concepción angélica y Concepción francisca en el arrabal, fundado aquel en 1561 por D. Constantino del Castillo y este en 1504 por Alvar Pérez Montemayor, canónigo de Toledo, carecen de interés artístico, por su pobreza el uno, el otro por su renovación. Ni lo encierra muy grande, á pesar de su ovalada cúpula y de sus frescos y adornos la grande ermita de San Antón, cuyo origen se remonta á los años de 1350; pues lo mejor que tiene es su portada plateresca, y su bella situación entre la frondosa alameda del Júcar y el puente inmemorial de dos ojos, por donde ya mezclados se deslizan ambos ríos. Sobre la inmediata puerta que introduce á las adjuntas habitaciones, se nota la siguiente inscripción en letras góticas: «Esta obra y la iglesia hizo el venerable Sr. frey Xpistobal Agustin de Montalvo, comendador de las casas y encomienda de S. Anton de Cuenca y Murcia y Huete; acabóse en el año de mil y quinientos y veinte y tres años». La renovación última de esta iglesia, lo mismo que la del hospicio, Concepción francisca, justinianas y la construcción de San Felipe, tomando casi todas la figura redonda ó elíptica, son debidas al arquitecto D. José Martín de la Aldegüela que vivía en Cuenca á fines del siglo pasado.

Único monumento de Cuenca, campea la catedral en la falda del cerro casi á dos tercios de su altura, en una plaza costanera á la cual tres arcos dan entrada por bajo de las casas consistoriales. Bien parece la fachada vista á media luz ó á la mayor distancia posible, sobre su escalinata ceñida de balaustres, con sus tres portadas las dos ojivales y semicircular la del centro, con su rosetón en el segundo cuerpo protegido por una ojiva; y aunque inspira cierta inquietud desde luego la indefinible forma del remate, sólo de cerca se reconoce que á la obra gótica sustituye una parodia temeraria que hizo de ella el barroquismo



PUENTE DE SAN PABLO Y LA CATEDRAL